tio que los cortejaba con su ansiosa curiosidad, cuentan á todos las cadenas que habian encontrado, y los agujeros que acababan de tapiar, por donde se internaban los vivos á hacer los duendes. Sup ous should lA test

Esta noticia cunde en un momento por toda la ciudad; y llegando á oidos del dueño de la casa, que era un caballero principal, y recelando el daño que se le ocasionaría si quedaba por alquilar su casa, durando tan ridícula preocupacion, acude al Presidente. Este, debiendo satisfacer en justicia á la delacion, y movido tambien por la curiosidad del caso, quiso ir en persona á registrar la casa acompañado de los alguaciles sabiendo que estaban en ella los forasteros.

Habia ya pasado la mayor parte de la tarde, que emplearon Hardyl y Eusebio en el registro del desvan, y en hacer tapiar los agujeros, quedando solos con Altano, pues no habian de desampararlo, habiendo ido Taydor á llamar á un cirujano para que remediase al dolor de la contusion de que Altano se quejaba. Oyendo ellos ruido de gente que subia, salen á ver lo que era, y se encuentran con gran sorpresa suya con la justicia. El Presidente, despues de haberse informado de Hardyl del caso, le ruega quisiese

PARTE TERCERA. acompañarlo al desvan pues queria registrarlo por sus ojos. The la la late on enag . obeino

Hardyl y Eusebio iban á tomar la escalera, quando oyen los gritos de Altano, que decia desde la cama: por Dios, mi señor Don Eusebio, que no puedo quedar solo: venga Vmd. pues sino, me salgo en camisa. Oyendo el Presidente aquellos gritos, pregunta qué venia á ser : Hardyl le cuenta la causa del susto que habia tenido aquel criado que gritaba, y la caida que dió en la escalera del desvan; pero aunque fue corta la relacion, no lo fue tanto para el miedo de Altano, el qual viendo que Eusebio ni le daba respuesta ni comparecia, á pesar del dolor de la contusion, salta de la cama en camisa como estaba, y sale corriendo á fuera, á donde se hallaba el Presidente y los a Taydon, v podieron acomp alguaciles.

Estos, al ver salir de repente aquella estraña figura en camisa, con el pañuelo blanco en la cabeza, que le servia de benda á la he. rida, y que hacia resaltar mas la tez de su rostro, como venian sus ánimos preocupados de los duendes, aprietan á correr escalera abaxo dando gritos de consternacion, creyendo verdadero duende á aquel encamisado. El Presidente necesitó rambien de todas sus luces, y de estar prevenido que aquel era el criado, para no dar al traste con su gravedad, viendo aquella horrible figura que se acercaba hácia ellos, á pesar de las voces que le daba Hardyl para que se fuese á la cama. Pero él jurando que no iria si no lo acompañaba su amo, precisó á éste á seguirlo para quitarlo de la vista del Presidente.

Quedó éste solo con Hardyl, admirando la fuerza del miedo en los ánimos de los alguaciles que lo desampararon; pero estos no pudiendo salir de la casa por la mucha gente que estaba apiñada á la puerta, tuvieron tiempo para avergonzarse, y para dexarse persuadir de Taydor que entraba con el cirujano, que el hombre en camisa que habian visto era el otro criado, y no duende: y sacando fuerzas de su vergüenza, siguieron á Taydor, y pudieron acompañar al desvan al Presidente precedido de Hardyl. Despues de quedar enterado él mismo de lo que habian hecho, le dixo á Hardyl, que no habia necesidad de que quedasen á dormir allí aquella noche; pero diciendole Hardyl que contribuiria su quedada para mayor desengaño del pueblo, y que por lo mismo estaba en ánimo de hacerlo si se lo permitia, no quiso oponerse el Presidente á su determinacion, y se despidió.

Entretanto el cirujano, habiendo visitado la contusion de Altano, esperaba que Taydor traxese los remedios que habia ordenado para la cura. En ella les cogió la noche y debieron cenar alli mismo, haciendose traer la cena del meson, sin que los molestase ningun ruido de cadenas, que se llevaron los alguaciles por orden del Presidente, y sin que los duendes les diesen sobresalto con otros golpes. Solo Altano que se sentia aliviado de su dolor, y mas avispado con la presencia de los amos, y de Taydor, los majaba con cuentos de duendes que sabia, y que ensartaba uno tras otro para no dexarlos dormir, no teniendo sueño, y temiendo el silencio de la noche : y si Hardyl no le hubiese mandado con afectado enojo que callase, no hubiera parado la taravilla hasta bien entrado el dia; y si le hubiese ocurrido el cuento del mago Trigueros, á buen seguro que no quedára en alto todavia.

Con esto pudieron dormir sosegadamente; y amanecido el dia, Eusebio preguntó luego á Altano por su dolor. Esta voz fue para él la mejor medicina, poniendose á vestir con un denuedo, que parecia hubiese de ir á dar la encamisada al enemigo. El Presidente habia tenido la advertencia de hacer ve-

lar poniendo algunas guardas á la puerta de la casa, para prevenir todo lo que pudiese acometer la malignidad; y las sospechas que le hicieron concebir los agujeros de las casas medianeras, se verificaron, confesando uno de los mozos vecinos á quien mandó prender, que habia sido él el que hacia todos aquellos ruidos para que la casa de enmedio quedase deshabitada, y poder tratar mas libremente á una criada de la otra casa inmediata de quien estaba enamorado.

Hardyl y Eusebio habiendo conseguido su intento de desterrar los duendes, y de desengañar á todo el pueblo preocupado de ellos y de sus miedos, fueron aquella misma mañana á la casa del mercader á exîgir los cincuenta luises de la apuesta, firmada en presencia de testigos, para el dote de las doncellas: el mercader prometió darlos de buena gana luego que se hubiesen sorteado los nombres de las doncellas.

Si el animoso empeño de Hardyl ocupó los discursos, y la curiosidad de aquellos ciudadanos sobre los duendes y sobre la apuesta, el fin piadoso de ésta conmovió tambien sus ánimos y su curiosidad para asistir al sorteo, que por eleccion del mismo Hardyl se habia de hacer en la Iglesia de San Jus-

to, Parroquia á la qual pertenecia la casa de los duendes, queriendo tambien que fuesen de aquella Parroquia misma las doncellas pobres, cuyos nombres se habian de sortear.

Hizo aquella funcion mas solemne la presencia de muchas damas y caballeros que acudieron. Once doncellas pobres eran las candidatas, las quales estaban de pie en medio del crucero, y rodeadas de inmenso pueblo, esperando el sorteo. El Cura ocupaba delante de ellas la mesa, sobre la qual se veía la caxuela que contenia sus nombres, escritos antes escrupulosamente en presencia de Hardyl y del mercader. Luego que éste depositó los cincuenta luises sobre la mesa, comenzaron las suertes.

Un hijo de un caballero de los presentes fue llamado para sacar los dos primeros nombres que debian ser los premiados. Los ojos de la gente que habia apacentado su curiosidad en los rostros de las doncellas, llamados del menéo de la caxuela en las manos del Cura, pendian de la del niño que la metia para sacar el nombre, y los ansiosos corazones de las doncellas esperaban que la voz del Cura pronunciase el suyo. Fue recibido con júbilo el de Ana Cardillac, buscando todos con los ojos aquella á quien la suerte coronaba, y

pasando la esperanza á los corazones de las otras, lisonjeando á cada una de su nombrasen de aquella Parrequia miema las donnim

Dorotea Freiret fue el segundo que el niño sorteó, dando á leer el Cura los dichos nombres escritos á Hardyl y al mercader. Llamadas de éste las sorteadas doncellas, les entregó á cada una veinte y cinco luises en un bolsillo entre el alegre mormullo de la gente, que aplaudia, no solo á la suerte de las doncellas, sino al piadoso fin de aquella loable apuesta por tantos títulos: y como Hardyl era el reconocido autor de ella, el Cura se lo señaló con la mano, y con la voz á las muchachas, para que le agradeciesen sus piadosas miras. Ellas lo hicieron con todo su modesto alborozo, participando de aquel mismo gozo sus padres que se hallaban presentes, los quales agradecieron á Hardyl su beneficencia con respetuosas demostraciones.

Este feliz éxîto tuvo la sublime animosidad de Hardyl, cuya memoria no pudo dexar de durar por mucho tiempo entre los ciudadanos de Leon. A la verdad él no purgó la tierra, como Hércules y Teseo, de los monstruos y fieras que la inquietaban. Tales hazañas son solo dignas de la credulidad de aquellos tiempos en que la virtud

PARTE TERCERA.

pendia del brazo y del esfuerzo: pero purgó bien sí las perturbadas fantasias de los hombres, de los espectros vanos que ella se forja, mucho mas temibles tal vez que un Cinis, que un Cercyon, que un Sciron, y que un Procustes. ded se entino ao J

Minor admiratio sumitis. Debetur monstris.

mente; y el riempo mas bino o, parecia pro-

cipado aliento de la sazon el mento cozo que

probabe al salir de Paris , por acoltangle la



## LIBRO QUINTO. viers, por error, o per descride de los uco

cheros, los quales en vea de conter la ceruca Etuvieronse Hardyl y Eusebio cerca de tres semanas en Leon, esperando se serenase el tiempo que habia echado á perder los caminos, para continuar su viage por Montpeller y Tolosa, entrando en España por Irun como lo habian determinado, recompensando á lo largo de este rodeo la vista de muchas mas ciudades, en que Eusebio satisfacia su estudiosa curiosidad, aunque esta misma fue la causa de que se viesen en el mayor peligro de sus vidas, y de perder su